

bién el que no lo retorna, pero el más ingrato de todos es el que lo olvida ; porque los otros, si no pagan, por lo menos deben, y sin duda queda en ellos algún indicio de la buena obra, si bien encerrado en su mala conciencia, y puede que un día, por cualquier causa, ya sea que se lo aconseje la vergüenza o por un retorno repentino a la virtud, como algunas veces sucede, aun en los corazones más depravados, se resuelven a gratificar el beneficio ; o puede también que la fácil ocasión de poder ser agradecido le convidare a serlo ; pero aquel a quien de todo punto se le fue la memoria del favor, jamás podrá ser agradecido. Conócese bien cuán pocas veces pensó en la paga del beneficio el que dio lugar a que se lo llevase el olvido.”

---

Es propio del cristiano no confiar para nada en sus propias fuerzas, de aquí que para llenar nuestro cometido de hombres que sabremos corresponder al honor que hoy se nos hace, contemos antes con la ayuda eficaz que sabrá presentarnos la Bordadita del Rosario.

---

## Las escuelas del Paraíso

[El presente artículo, bondadosamente enviado por su autor para nuestra REVISTA, forma parte, lo mismo que el *Nuevo aspecto de Don Juan*, publicado en el número 77 (agosto de 1912), de una serie de estudios sobre *España y los españoles*, que prepara el doctor Walsh, para el curso de este año. La traducción castellana que aquí damos es de José María Restrepo Millán, nuestro discípulo en la Facultad de Filosofía y Letras].

Si en un hermoso día nos encontramos en Granada, mezclémonos a la gente que de manera continua está saliendo por la Puerta Real, hoy el centro de la ciudad, y enderecemos nuestro camino por la calle de Méndez Núñez basta la carrera del Darro, estrecho callejón que bordea el arroyo de su mismo nombre, tan familiar a todos los que

se interesan por los hechos y dichos de los moros y de los conquistadores. Este arroyuelo, o mejor, este canal, casi seco durante gran parte del año, se ve todavía cruzado a trechos por antiguos puentes, que parecen estirarse en su atán de alcanzar las blancas casas agrupadas al pie de la colina, sobre cuya parte más alta se alzan los rojizos muros de la Alhambra. La estrecha calle por donde andamos —en verdad demasiado angosta para vehículos de tamaño ordinario— es una de las vías más interesantes y dignas de atención en el mundo: este mismo lugar, donde en pasados tiempos brillaron más de cuarenta palacios moriscos, con sus mezquitas y jardines, y tantos edificios públicos de nombres hoy olvidados, es por donde se precipita en el día la turba interminable de los granadinos, siempre idéntica, mezcla perpetua de gentes de la ciudad, campesinos, gitanos, vendedores de agua, buhoneros que van pregonando sus mercancías con los mismos estridentes gritos que repercutieron en estos muros cuando aún eran nuevos. Los transeúntes en su mayor parte van a pie y cargados con grandes pesos, porque los hombres en Granada (y adviértase que decimos *los hombres*, ya que allí las mujeres no se ocupan en trabajos de esta naturaleza) no saben emplear los animales para que les transporten las cargas, y así, ellos mismos van, o empujando los carritos, o doblados bajo el peso de grandes jarros y de sacos que llevan al hombro y que apenas les permiten andar por las tortuosas calles que abundan en la ciudad. Las mujeres andan sin sombrero, envueltas en sofocantes chales; los hombres usan chaquetas muy cortas y anchos pantalones. De vez en cuando aparece un gitano, cubierto con un gran sombrero profusamente adornado, corriendo atolondradamente al galope por entre la multitud, caballero en una mula enjaezada a estilo completamente oriental. A paso más moderado vienen unos cuantos asnos, de paciente mirada, que van como escogiendo el camino; llevan encima viejos y rollizos frailes, envueltos en amplias capas negras y protegidos contra

el sol por sombreros de grandes alas. Se encaminan tal vez a las numerosas parroquias diseminadas en las campiñas cercanas a la ciudad, o al seminario de San Dionisio Areopagita.

El lector quizá ha oído hablar del Sacro Monte, de sus cuevas sagradas, del antiguo y crédulo arzobispo Pedro de Castro, de las planchas de plomo halladas con los falsos huesos de los apóstoles, de las engañosas revelaciones que formaron la herejía de los *plomistas*, y que conmovieron tan hondamente la ciudad de Granada y la nación española en general, hasta que intervino Roma, y acabó, por medio del Anatema de 1682, con aquel poético escándalo. Con todo, tal vez es más probable que no sepa nada de estas cosas, y muy difícil le será adquirir, de las gentes educadas que frecuentan en el círculo, datos acerca de asuntos tan poco halagüeños a las pretensiones locales. Y mucho será lo que habrá conseguido aquel a quien Juan del Campo, o cualquier otro holgazán de mirar de gitano, se le ofrezca a servirle de guía, y al llegar a la colina de la Alhambra le distraiga la atención del famoso palacio, para llevársela a la *Hondonada de la Gloria*, cuyas mil quiebras se ven colmadas de cruces que han dejado los peregrinos, y donde, en el presente día, trabajan sin descanso en las ilustres escuelas, que aún ostentan sobre sus portales la mística estrella de Salomón, hombres de vida santa, de vasta ilustración y de nombres esclarecidos.

Bien puede suceder que no pocos de los que estas líneas leen, hayan nacido bajo tan felicísima estrella; en caso semejante, conocen de seguro al más sabio de dichos varones y a uno de los hombres de mayor importancia de la España actual. Me refiero a don Andrés Manjón, canónigo de la Colegiata del Sacro Monte y catedrático de la universidad de Granada. Y no faltarán entre mis lectores quienes hayan tenido ocasión de acariciar en el espacioso y alegre patio de tan renombrado centro de educación, el sedoso pelo del jumento que aguarda pacientemente el fin de la confe-

rencia de su dueño, el señor canónigo. Tal vez han visto muchos de los que ahora tienen estas páginas entre sus manos, al canónigo en persona salir de las aulas, bajar al patio y montar en su borrico. Por ese mentón casi rectangular y por esa frente de líneas seguras, habrá adivinado el espectador de esta escena, que tiene delante uno de aquellos hombres de empresa, a quienes ningún obstáculo arredra, ni prejuicio o ignorancia detiene; al fundador de las *Escuelas del Paraíso, la Colonia del Ave María*.

Sigámoslo a través de la ciudad. No es el lugar de su destino el seminario del Sacro Monte, como antes lo creyéramos, sino los *cármenes* (1) del Valle del Paraíso. Parece que un día, hace veinte años, andando don Andrés a caballo por estos vericuetos, alcanzó a oír voces infantiles que semejaban salir del fondo de la tierra y recitaban una lección de catecismo. Sorprendido, se dio a buscar la causa de aquello, hasta que encontró una caverna donde una mujer joven, muy delgada, de corta estatura, dirigía una numerosa clase de niñas mal vestidas y en su mayor parte hijas de gitanos. La *Madre Migajita*, nombre con que todas aquellas rapazuelas distinguían a su maestra, pagaba una moderada cantidad por ese hoyo a donde venía a enseñar el catecismo a aquellas pobres niñas, movida únicamente por un sublime sentimiento del deber.

Profundamente emocionado don Andrés con semejante cuadro, no se dio punto de reposo hasta comprar un trozo de terreno que allí junto vendían; entonces la *Madre Migajita* desapareció misteriosamente y no volvió a tenerse noticia alguna de ella. En 1889 se inauguraron solemnemente las escuelas al aire libre de la Colonia del Ave María, en la forma que actualmente tienen, y precisamente en

(1) *Carmen* es un provincialismo de Granada; significa quinta con huerto o jardín que sirve de lugar de recreo en verano (Diccionario de la Academia). Se toma por extensión para indicar cualquier jardín. (Nota del Traductor).

el mismo lugar en que de manera tan humilde habían dado principio a sus labores, en otro tiempo.

Solamente los que hayan vivido algún tiempo en Granada pueden apreciar lo revolucionario que aquel apartamento de la rutina, llevado a cabo por don Andrés, debió de parecerles a los granadinos. En una memoria que el ilustre fundador de las escuelas del Paraíso hizo acerca de su obra, se expresa así:

“Dios y los pequeños han hecho lo demás. Hoy día tenemos dieciséis escuelas y ocho edificios para habitación de los niños, junto con grandes jardines donde pueden ellos jugar y saltar, y recibir educación completamente al aire libre. Todo lo que los rodea es placentero y agradable; respiran a pulmones llenos; tienen el campo abierto y lleno de luz para estudiar y para jugar; hermosos y alegres jardines llenos de perfumes y de colores; copiosas y cristalinas corrientes de agua; pabellones de parras y madresevas, rosas y pasionarias, bajo los cuales se obtiene sombra fresca y reposada; frondosos árboles, casi siempre cargados de frutos. Aquí el aire es puro, lleno de aromas; si una cosecha—digámoslo así—de flores se acaba, ya comienza a brotar la otra; el canto de los pájaros no cesa un instante. Y en medio de todo esto los muchachos corren y se divierten como quieren y cuanto quieren. Todo es salud, movimiento, vida.”

Se ve por estas palabras cómo al lado de la empresa religiosa y hasta cierto punto industrial, que constituyen las escuelas del Ave María, ha palpitado el corazón del poeta que comunicó luz y belleza a los trabajos y fatigas, base de la prosperidad de la misma empresa.

Allí, en los seis cármenes principales comprados por la Colonia, a lo largo de las apacibles curvas del Darro, no lejos de la Fuente del Avellano, comparada en belleza por Châteaubriand con la que el Petrarca prefería en Vauclusa, y bajo la sombra de las torres de la Alhambra, quinientos, entre niños y niñas, aprenden las primeras letras y las pri-

meras nociones de conocimientos que más tarde les serán útiles a ellos mismos, así como a sus semejantes. Y es de notarse especialmente que los gastos necesarios para sostener tal establecimiento, junto con sus sucursales en la provincia de Granada, las cuales son capaces para cuatrocientos niños entre todas, son satisfechos con contribuciones espontáneas que pagan los habitantes de la ciudad.

Si hay en España un lugar, poniendo aparte a Córdoba, donde el común de los viajeros tenga más ocasión de arrojarle a la cara al cristiano a los moros y sus glorias como un insulto, es Granada. Con los moros —dirán tantos que andan por ahí con diploma de Tomás Cook e hijos— pasó la verdadera grandeza de España. Como si la guerra de la reconquista, las hazañas de los caballeros, el haber abierto horizontes nuevos a la religión y a la civilización, aquellas espléndidas y vigorosas concepciones artísticas que hicieron de España el modelo universal, en tiempos de la más elevada cultura, no valieran nada y merecieran ser tratados con mofa y desprecio, como lo hacen los que no alcanzan a comprenderlos.

Semejante ignorancia y prejuicios de tal naturaleza, alimentados únicamente de su propia oscuridad e insignificancia, son, en parte, explicables, cuando se conocen los procedimientos de las gentes que emprenden el viajar por países que les son antipáticos por sistema, y escribir, con torcido criterio, libros acerca de esos malhadados viajes. Al uno detrás del otro, a todos los encontramos buscando afanados, en el mismo estéril campo de información y errores, los mismos datos de poca importancia y las mismas tonterías consagradas por los hipocritones venidos antes que ellos. A todos los vemos entrar diligentemente, en pos de los demás, en las bibliotecas públicas, a tener que contentarse con saber lo que todos saben y con conocer lo que conoce cualquiera. Y con esto lo que se proponen no es más que establecer las diferencias existentes entre las condiciones del Norte de Europa y de América, y la España

de hace cincuenta o cien años. Se resignan los pobrecitos, en punto a información directa, a oír lo que cuentan los porteros de los hoteles y los *cicerones*, gente sin ilustración ninguna, ignorante de todo, menos de las últimas noticias falsas de los periódicos de mala ley, legos en cuanto tiene que ver con el alma genuina española y con los gigantescos esfuerzos efectuados por este noble pueblo para subsanar sus pérdidas territoriales, políticas y económicas.

¿Cómo va a poderse discutir decentemente con los que creen muy gracioso hacer alarde de irreverencia en lugares sagrados, o con quienes rompen y tiran lejos objetos que no son otra cosa que recuerdos de esculturas históricas, ni con personas que se permiten escupir sobre tumbas acreedoras a gran veneración, en la presencia misma de los que las cuidan? El Moro y su Alhambra pasan a ser instrumentos de insulto para quien viaja sin saber nada de las mezclas de razas que precedieron y siguieron a la invasión de los árabes, ni de que la arquitectura que designamos con el nombre de morisca debe a la civilización latina española sus notas más interesantes y bellas, y aun, sin conocer que la misma mezquita de Córdoba fue inspirada en mucho por las construcciones religiosas ibero-cristianas, y fabricada, en parte, con materiales extraídos de los ruinas de dichas iglesias.

De seguro que si Washington Irving hubiera previsto la animadversión que iba a apoderarse de nuestros compatriotas al hallarse en contacto con españoles no moriscos, habría quemado su *Alhambra* con un gesto de disgusto. Claro está que no puede exigírsele al que viene a España desde las Islas Británicas sentimientos muy favorables para con el imperio de Carlos V y de Felipe II, pero a lo menos mientras se envanece recordando la suerte de la Invencible Armada, tendrá que reconocer que ese enemigo fue grande y temible. Ordinariamente los franceses no ven en España más que la exageración del carácter de su país y del de Italia; son incapaces de apoderarse de las intensísimas no-

tas características del alma nacional, que palpitan debajo de cada detalle en la vida y en el arte español. En cuanto a los alemanes, parece que ellos viajan por la Península con miras únicamente comerciales. A pesar de los inapreciables trabajos realizados por sus eruditos en lo que toca a las letras españolas, el teutón, en su carácter de tál, no lleva buenas trazas cuando va vagabundeando por la tierra del Cid y de Cervantes, y burlándose groseramente de sus tradiciones. En una ocasión, durante las procesiones de la Semana Santa, pasó cerca de nosotros uno de esos progresistas, y dijo, disponiéndose a penetrar en un café: "Me gustan más las bailarinas que estas estúpidas imágenes!"

La civilización, las letras y el arte de España presentan muchos desarrollos y adelantos verificados modernamente, con los cuales se puede muy bien hacer callar a toda esa caterva de insultadores, suponiendo que, en gracia de discusión, no nos fijamos en los méritos y en las bellezas de otro orden que tanto abundan en este país. Cuántas empresas no brillan hoy en España, ostentando sabiamente combinados el progreso y la tradición, el talento y la verdadera caridad; empresas en que lo mejor de la antigüedad se halla interpretado a la luz de lo nuevo. En los últimos tiempos ha ocupado Granada uno de los puestos más altos en la España intelectual. Para cerciorarnos de ello no tenemos sino que notar cómo en las lecciones que allí se han dictado en las escuelas de don Andrés Manjón, lo que se ha puesto en práctica para la educación de los pequeñuelos, es el tan ponderado método de Montessori.

Y con todo esto, en vano buscaremos mención alguna de tales escuelas en la *Guía por España*, de Baedeker. Quien quiera conocerlas desvíe un poco del camino del Sacro Monte, e intérnese entre los arbustos y las enredaderas; al cabo de poco rato se encontrará ante bandadas innumerables de niños que corren a su encuentro quitándose el sombrero y diciendo a grandes voces: "Ave María." Mientras el que este saludo oiga, no responda con las palabras:

"En gracia concebida," no será posible entablar conversación sobre ningún asunto, cualquiera que sea. No hay mejor descripción acerca del carácter y de los medios educativos de estas Escuelas, que la ofrecida por Leonardo Williams en su reciente libro sobre *Granada*. Cuenta que fue conducido a un patio de juego que "luego resultó ser una sala de clase." Cincuenta o sesenta pequeñines estaban sentados muy juiciosos en las bancas, colocados en redondo, y aprendían a contar sirviéndose de piedrecillas y trocitos de madera. Esta clase la dirigía una niña del Albaycín (el barrio gitano), antigua alumna de las escuelas. Me llamó la atención el que el pedazo de terreno que encerraban los bancos era de superficie irregular, a trechos levantado en montecitos de tierra, más o menos grandes, y a trechos hundido por depresiones de profundidad desigual.

—"Aquí—me dijo don Andrés—tenemos un mapa de España con todas sus montañas y sus valles. Ahora verá usted, añadió acercándose a un grupo de niños, Antonio Torres.

"Un chico de mirada inteligente y nerviosa, vino a nosotros, quitándose la cachucha y diciendo:

—"Ave María.

—"En gracia concebida.

"Volvió el sacerdote a dirigirse a los niños y llamó:

—"Alberto Vega.

"A este nuevo llamamiento respondió otro niño que repitió el saludo del anterior.

—"Antonio, vaya usted hasta Barcelona, dijo don Andrés.

"El muchacho que, según me pareció, se hallaba en aquel momento en las montañas de León, dio media vuelta y fue a detenerse en la altiva ciudad de los Berenguelos.

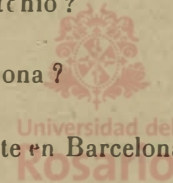
—"¿Dónde está usted, Antonio?

"En Barcelona.

—"¿Dónde se halla Barcelona?

—"En Cataluña.

—"¿Qué hay de importante en Barcelona?



—“Una universidad, un obispo y medio millón de habitantes.

—“¿Qué más hace notable esa ciudad?

—“El ser ella un puerto de mar, y exportar lanas y aceitunas.

—“Ahora encamínese usted a Madrid.

“El chico obedeció.

—“¿Dónde está usted ahora?

—“En la capital de España, en Castilla la Nueva.

—“¿Qué produce Madrid?

—“Nada (Dura, si no inmerecida observación sobre la corte de los Hapsburgos y de los Borbones).

—“Ahora los dos vayan a Portugal.

“Se dieron la mano los niños y emprendieron el viaje ordenado.

—“Pero se han adelantado ustedes mucho; ¿no ven que están en medio del mar?

“Diciendo esto corrió el amoroso padre a rescatar a los intrépidos excursionistas de las embravecidas olas.

“Una lección de deletreo vino en seguida. El procedimiento seguido en esta clase semeja un juego de ajedrez, verificado sobre un campo llano y con personas convenientemente aderezadas en vez de fichas. Vestidos los estudiantes de una como especie de casulla blanca, que lleva por delante una letra y por detrás una cifra, van colocándose en determinados lugares y formando así palabras y frases enteras, todo en medio de la alegría más franca. Cada letra y cada número lleva consigo una cara sonriente y un par de ojos inteligentes y llenos de vida. De tal manera vienen el deporte y el estudio a mezclarse, con gran provecho para entrambos.

“Tal vez podría asegurarse que sólo en las escuelas de la Colonia del Ave María hay más encerados (de cierta naturaleza) para escribir que en el resto de Europa. En todas las paredes de los jardines, en todas las columnas, en todos los pilares hay miles de miles de trozos pintados en negro,

dispuestos así y en tales lugares para que los niños puedan aprovechar cualquier ocasión de recordar, jugando y todo, sus lecciones. Dando vueltas por el patio, vinimos a pasar por cerca de una niña que se hallaba muy ocupada resutando; se servía para sus operaciones de una piedra gredosa que había recogido en la avenida de árboles donde antes saltaba y corría. No fue poco el placer y el provecho que de tal espectáculo sacamos mi amigo y yo. Cuando hubo terminado, la pequeñuela, a instancias nuestras, trajo una compañera un poquito menor y en un momento nos explicó las diversas partes del rostro humano, acompañando sus palabras con gracicosos tirones, empujones y hasta pellizcos, que sufrió pacientemente la recién venida.

“En otra parte vi el sistema solar, muy acertadamente figurado por medio de bolas de madera, las cuales hacían sus revoluciones en una armazón de alambres; del mismo modo, el zodíaco y los trópicos se hallaban representados por símbolos semejantes, fijos en el suelo. En suma, por doquiera el precepto de Montaigne: ‘No tanto repetirá el niño oralmente lo que ha aprendido, como lo pondrá en práctica. Practicar será el mejor medio de repasar lecciones,’ era religiosamente observado.”

Y si en las escuelas del Paraíso hay tanto cuidado por el cultivo de la inteligencia, no la hay menor por la salud del cuerpo. En Nochebuena y cuando ya se acerca la mitad del verano, todos los que necesitan vestidos, los reciben adecuados a la estación reinante. Los domingos recorren los jardines todos los chicos ordenados en batallón, uniformados y cantando himnos patrióticos al són de las cornetas y tambores; banderas blancas y rojas acompañan erguidas tan encantador desfile. Diariamente se reparte el alimento a los más pobres, porque don Andrés no piensa, como muchos, que los españoles necesitan menos alimento que otros pueblos. “Los españoles—dice—comen poco; son frugales por necesidad; economizan demasiado; durante el año no alcanzan a comer más que pan y no llegan

a beber más que agua. Pero tanto más trabaja una nación cuanto mejor alimentada se encuentra, y tanto mejor se alimenta cuanto más trabaja; las dos cosas dependen la una de la otra.”

En cualquier país y en cualquier tiempo, un hombre como don Andrés Manjón es acreedor a que todos lo admiren y lo tengan en grande estima, pero sólo aquel que, como lo dijimos arriba, haya vivido entre los españoles, puede apreciar la grandeza y la importancia de la obra que este venerable canónigo del Sacro Monte ha llevado a cabo al pie mismo de la Alhambra, donde, bajo la sombra de los olmos plantados por Wellington, se afanan los viajeros de tres al cuarto por conseguir absurdas leyendas de moros y por hacerse retratar vestidos según el gusto árabe, murmurando al mismo tiempo y renegando porque Carlos V edificó su maravilloso palacio a estilo del Renacimiento en tan magnífico sitio como la Alhambra. Mientras tanto, los genuinos hijos de Granada, los verdaderos descendientes de los españoles del norte, pobladores de la ciudad después de la expulsión de los moros, tienen sonrisas amargas para los que andan pensando que fue una tontería la edificación de la más hermosa catedral a estilo del Renacimiento que posee el país; para los que desdeñan los monumentos dejados por San Juan de Dios, Alonso Cano, Fray Luis de Granada, y tantos otros hijos ilustres de la ciudad, y no se sacian de cuentos sobre Boabdil, los Abencerrajes, los Soleikhas, etc. Toda España habla alborozada de su muy querido don Andrés y de sus escuelas del Paraíso. El que pregunte por el camino que conduce a la Colonia, manifiesta con ello que es un extranjero, pero un extranjero menos ignorante que tantos otros. Una palabra amable dicha allí hará maravillas; tengo seguridad de que será correspondida con grandes cumplimientos; cuando menos con alabanzas a nuestro insigne compatriota, Washington Irving, a quien llaman candorosa y solemnemente los españoles *El Padre de su patria*.

